

Sexta rebanada

No puedo creerlo, en menos de cinco minutos me he terminado las dos rebanadas. En el amplio platón, sólo queda una, que me coquetea. No tengo que pensarlo mucho, sigo con apetito y además está deliciosa. La tomo sin apresurarme, es la última y quiero disfrutarla al máximo, le doy una pequeña mordida...

El miércoles en la mañana salí de mi casa a las diez, pensaba que mi vuelo era a la una de la tarde, me equivoqué y llegue tres horas antes al aeropuerto en vez de las dos que había considerado.

Como tenía mucho tiempo me acomodé en la mesa de uno de los restaurantes que se encuentra en la salida internacional, seleccioné una mesa junto al ventanal para que me diera el sol y también al lado de una columna que tiene contactos de electricidad para poder conectar mi computadora, trabajar en mis fotografías y cargar la pila para poder utilizarla en el avión.

Ordené un café y posteriormente una cubalibre. Paradojas del destino dirían algunos: un país en manos de un dictador y una bebida que lleva su nombre pero que no es tan libre. En cierto modo es la naturaleza humana, siempre buscamos la libertad pero somos prisioneros de nosotros mismos.

Soy un experto en los miedos, inclusive recuerdo los días en que tenía tanto miedo de subirme a un avión. Me decían que era el síndrome de la

mediana edad; yo no lo creo, más bien era un síntoma de la inmadurez emocional.

Cómo, ¿un hombre de cincuenta años inmaduro? Claro que sí. Y de sesenta, setenta y más. Hay seres humanos que no maduran en toda su vida.

Pero, si yo era todo responsabilidad, conciencia, buen comportamiento y así lo demostraba mi vida profesional y privada. Entonces, ¿por qué tantos miedos y dependencias?

Mi esposa diría mamitis, papitis o timidez. ¿Yo, tímido? Nadie me lo creería. Algunas veces que lo comentaba a personas cercanas pensaban que estaba bromeando.

En los últimos meses he tenido transformaciones que me han sorprendido, todas ellas se han dado sin una clara conciencia de mi parte. Creo firmemente que son producto de mis reflexiones y un mayor conocimiento de mí ser interior, pero todavía no me explico cómo se han producido.

Ahora que voy a tomar el avión ya no tengo miedo de que suceda un accidente y me muera, ya no le pido a Dios que me cuide. Le he dado varias vueltas al mundo, después de treinta años de viajar continuamente, y hasta ahora he perdido el miedo.

Ahora siento que Dios me acompaña y aprovecho los viajes en avión para estar cerca de mí y con él. Me asombro de la belleza del cielo, las nubes, los paisajes y disfruto todo lo que está a mí alrededor; he podido

eliminar las prisas y ciertas fobias. Ahora viajo en la ventanilla y no en el pasillo como acostumbraba.

Otra transformación interesante me ocurrió en la vista: ya no me molesta la luz del sol. Antes necesitaba lentes oscuros, particularmente en las playas y en los lugares con intenso sol. Ahora prefiero ver todo lo que me rodea sin eliminar la luz natural.

Todo lo veo más claro y hermoso, es como si me hubieran puesto tres lentes de aumento. Percibo profundamente los detalles y los aprecio, situación que me llevó a la afición por la fotografía.

Antes fumaba puro y mascaba chicle, sin pensarlo ni buscarlo ya no lo hago. Ya no necesito utilizar mi boca frecuentemente. ¿Por qué ha pasado todo esto? No lo sé. ¿Cómo explicarlo? Tampoco lo sé.

Mi búsqueda por el conocimiento ha quedado rezagada; ahora prefiero sentir, dejarme llevar por mi instinto y mi intuición más que por mi intelecto. Prefiero lo desconocido a lo conocido, busco las nuevas experiencias a la comodidad de lo ya experimentado. Todo esto ha enriquecido mi vida y me ha dado tranquilidad. Posiblemente la paz interna que he logrado por medio del conocimiento más íntimo de mi interior sea la respuesta a estos cambios.

Sin embargo, sigo debatiéndome en mi interior en una tormenta de pensamientos y dudas, pero externamente reflejo un cambio que para algunas personas es positivo y para otras no, no lo entienden. ¿Cómo, a esta edad se puede cambiar tanto?

Ya es hora de abordar. Pido la cuenta, la pago y me dirijo a la sala de espera. A los pocos minutos subimos al avión, me acomodo en mi asiento y espero el despegue. Me han dado un asiento de pasillo, pero atrás de mí, a mi derecha, hay una fila totalmente desocupada.

Ya en vuelo me cambio de lugar, por suerte puedo utilizar los tres asientos de la fila. Saco mi computadora, mi cámara, mis audífonos, los acomodo y leo el periódico, en espera de que nos sirvan el almuerzo.

En menos de media hora ya estaba comiendo. He elegido pollo, está rico. Sí, ahora también disfruto viajar en clase turista y la comida que sirven. ¡Todo un cambio!

Termino de almorzar, espero que recojan la charola e inmediatamente enciendo mi computadora, me pongo los auriculares y disfruto de la música que tengo grabada. Selecciono los archivos de fotografías que traigo y me dedico a organizarlas y archivarlas en las carpetas que les corresponden.

Oigo un murmullo en los altavoces del avión, me quito el auricular derecho y escucho que en veinte minutos estaremos aterrizando, qué rápido y a gusto pasó el vuelo.

Llevo conmigo dos maletas pequeñas, no me voy a tardar en la aduana, espero que tenga suerte en migración. El vuelo de César estará llegando cinco minutos antes que el mío, como el suyo es nacional saldrá más rápido y me esperará en la salida internacional.

Me pongo en el asiento de la ventana y observo el paisaje, unas pocas nubes y ya se distingue el océano. Está atardeciendo, el sol está a mis espaldas. A lo lejos, se observa una cantidad enorme de nubes y hacia allí nos dirigimos.

El avión sobrevuela una población costera; por el tiempo que nos falta para aterrizar, deduzco que es Key West. Trato de tomar una fotografía pero no lo consigo, alzo la vista y en el horizonte se ve un arco iris. Me emociono, no he tenido la suerte de poder ver y tomar una fotografía de este fenómeno.

Apresto mi cámara esperando unos minutos y hago tres disparos de esta fabulosa vista.



Estoy muy contento, en Miami está lloviendo, se ven las nubes negras y cómo cae el agua a la tierra. Disfruto mucho de estos paisajes mientras la aeronave desciende y aterriza.

Estoy en la sala de migración, por suerte, hay muy poca gente. Estoy atrás de una pareja, paso en cinco minutos y me dirijo a la aduana, entrego la forma correspondiente y prosigo a la salida.

Salgo y busco a César, no lo encuentro. Seguramente salí demasiado rápido y él viene en camino. Le hablo por teléfono, no me contesta. Se me hace extraño, pero me siento a esperarlo.

Pasan veinte minutos y no llega, voy a pedir información sobre su vuelo; no estaba seguro de la aerolínea pero con la hora y la ruta me podrían dar informes. El vuelo llegó a tiempo. Qué raro. Regreso a la sala y continuo esperando, a los diez minutos veo su figura, con una maleta enorme, su equipo de golf y otra maleta más chica.

Nos saludamos afectuosamente y le pregunto sobre su vuelo. No tuvo ningún problema, pero tuvo que esperar su equipaje y caminar una buena distancia para llegar hasta aquí.

Nos encaminamos a la parada de los autobuses de Hertz; yo, cómodamente con mis dos maletas pequeñas, y él sufriendo la incomodidad de su cuantioso equipaje.

Afortunadamente, yo había alquilado un automóvil grande y no hubo problema de espacio. Metemos todas las maletas en la cajuela y

platicando afablemente durante el trayecto tomamos la 836 al este y la 195 al sur para llegar a Key Biscayne.

Normalmente llego al departamento y después salgo de compras o a cenar, pero en esta ocasión propongo que vayamos directamente a cenar al restaurante tailandés de la isla. César acepta mi sugerencia y llegamos a nuestro destino un poco después.

Eran las siete de la noche y teníamos apetito. Ordenamos de beber y tres platillos; durante la cena me pone al tanto de los últimos acontecimientos, especialmente su viaje a España y el placer que sintió cuando cuarenta y cinco días antes había conocido a su nieta.

La vida cruel y su situación le han impedido estar presente en dos momentos muy importantes para él, la boda de su hija y el nacimiento de su nieta, hija de primogénito.

Comprendía su dolor, yo había tenido la fortuna de celebrar la boda de mi hija menor y el nacimiento de mi nieta este año y podía valorar lo que él se había perdido.

Cómo le damos importancia a lo que no podemos tener y desdeñamos lo que tenemos a mano. Es cierto ese refrán: Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Basado en su experiencia y en mi transformación, yo trataba de captar su dolor y reconfortarlo sin caer en dramatismos estériles. La comprensión de lo que somos y nuestra infinita insignificancia nos ayuda mucho a aceptar lo que nos depara la vida.

Nuestros miedos aumentan cuando crecemos en el tener, creemos que podemos controlar nuestro destino y el de los que nos rodean. ¡Qué ridículos y prepotentes somos los seres humanos!

Uno de mis mayores miedos ha sido la incertidumbre, la impotencia, y ahora estoy aquí, siendo testigo de una vida que ha sido fuertemente alterada por situaciones ajenas a los actos de César y con una tremenda incertidumbre sobre su futuro inmediato y mediato.

Hay que aprender de esta lección de vida y de la forma en que la está asimilando mi compadre. Trato de sugerirle algunas ideas y proporcionarle algunos consejos, el más valioso, según yo, deslindarse de los chismes, dimes y diretes de la oficina en México y concentrarse en reconstruir su vida profesional bajo otro esquema.

Inclusive le sugiero que lo vea como una oportunidad de un cambio de vida que le puede resultar más gratificante, pensar en el presente y su futuro olvidando su pasado y sus dependencias sociales y profesionales. ¡Qué fácil es decirlo! ¡Qué difícil es hacerlo!

No cabe duda de que no es lo mismo ver los toros desde la barrera que tenerlos enfrente; sin embargo, yo ya he pasado por ciertas situaciones que me permiten darle un consejo experimentado y así creo que César lo toma.

Terminamos de cenar, los dos estamos cansados, decidimos irnos al departamento y descansar. Llegamos al estacionamiento, bajamos las maletas y dejamos los palos de golf, no es necesario bajarlos.

Encuentro todo en orden, como de costumbre. Tengo una ama de llaves que se hace cargo de la limpieza, va una vez al mes desde hace quince años. Es salvadoreña, inmigrante, muy responsable y trabajadora que ha hecho su vida en Miami.

César no puede creer que yo tenga tanto tiempo con el departamento. Le platico la historia y las razones por las que lo compré, insisto en que la inseguridad de nuestro país y el poder contar con una alternativa, fue lo que me decidió.

En su caso le hubiera sido muy útil tener alguna propiedad establecida, aunque últimamente adquirió una. Me cuenta los pormenores y me pregunta por mi amigo argentino, que fue el que me sugirió este lugar.

Hace algún tiempo que no veo a Óscar. Este comentario nos lleva a recordar las fiestas casino que yo organizaba para los clientes de la empresa, a las que iban algunos amigos.

Me cuenta lo que le sucedió con su amigo, también argentino, que una vez llevó a una de estas fiestas. Acabó por defraudar a uno de los amigos con que lo recomendó. Era un vividor.

Mi empleada es uno de los tantos ejemplos de inmigrantes que han hecho una vida en Estados Unidos, un ejemplo de la nueva vida que César puede encontrar en este país con una gran diferencia: él está legalmente. El tema que nos ocupa un tiempo.

Prendo el calentador eléctrico, el aire acondicionado, sacamos las poltronas, las sillas y una mesa a la terraza y le enseño su habitación.

Dejamos los equipajes. La terraza nos había invitado a sentarnos ahí para gozar de la frescura de la noche, los cantos de los grillos y admirar a lo lejos las luces del centro de Miami.

Tomamos unos cafés a la luz de una vela y seguimos conversando de los tantos temas que teníamos pendientes, nos habíamos hablado varias veces por teléfono, pero tenía un año y medio sin verlo.

A las once de la noche decidimos ir a acostarnos. Yo duermo más que él, así que le dejé los controles de la televisión y le regalé un ejemplar del libro que había escrito sobre un viaje que hice con mi hijo.

Quedamos de dormir lo más posible y levantarnos sin ninguna prisa para disfrutar el día que nos esperaba.

Tengo muchos sueños, algunos los recuerdo y otros no. Algunos los he escrito; son los que recuerdo. Antes de acostarme recuerdo un sueño que tuve hace tres semanas...

Estoy en el medio de una pelea de bandas, por un lado una banda de jóvenes latinos y por el otro de jóvenes de color, es una pelea sangrienta con palos, cadenas y navajas.

Gana la banda de los jóvenes negros. Yo estoy junto con mi hermano, hasta el momento somos observadores. Sorpresivamente, dos de los jóvenes negros se lanzan sobre nosotros, uno muy alto y corpulento, el otro, bajito y gordo, los dos pelones.

Salimos corriendo y ellos nos persiguen. Reacciono y me detengo, saco una pistola y le doy un balazo al joven alto; continúo la carrera y subo a un edificio, me encuentro en la azotea cuando de pronto se me aparece el negro bajo y gordo.

Se inicia un forcejeo, en un momento dado le meto la pistola en la boca, le disparo y le vuelo la mitad de la cabeza. Hay un grito de terror y me dice que soy muy sucio cuando peleo, siento un inmenso placer...

Despierto sintiendo la tensión del momento.

Es un sueño muy curioso y totalmente diferente a los que experimentaba anteriormente. A diferencia de muchos otros sueños que solía tener, en los que siempre terminaba paralizado de miedo y sin poder reaccionar, mi actitud cambió en el sueño descrito. Me sorprende y me agrada; la transformación que estoy teniendo en el consciente también se da en el subconsciente.

Me quedé dormido...

Parece que tengo un sueño, escuché el timbre de un teléfono a lo lejos, me sentía muy cansado y no le di importancia, seguí dormido, dejó de sonar. A los pocos minutos, sonó otro timbre, me desperté al escuchar que César se levantó.

Puse atención y escuché que estaba conversando. Se me hizo muy raro, eran las dos y media de la mañana. Él estuvo en contacto telefónico con su familia en dos o tres ocasiones durante la tarde; yo no había hablado a México.

A los pocos segundos escuché que tocó en mi puerta y la abrió...

–Disculpa que te moleste, pero creo que es importante –me dijo.

–No te preocupes compadre. ¿Qué pasa?

–Es tu hijo Fernando, quiere hablar contigo –me informó.

Sentí que un escalofrío me recorrió el cuerpo. Brinqué de la cama y tomé el teléfono celular de mi compadre.

–¿Qué pasa, Güerito? ¿Por qué me llamas por este teléfono? – Le dije.

–Perdona, papá, pero estoy muy preocupado. Mi mamá no ha llegado. Le hablé al departamento, pero no contesta –me dijo.

Todo empezó a darme vueltas. Traté de mantener la calma y le pregunté:

–¿Cómo que no ha llegado? En México es la una y media de mañana, ¿a qué hora salió?

–Me informa Manuela que llegó corriendo como a las seis y cuarenta y cinco y salió rápidamente a las siete, sólo dijo que regresaba al rato –me dijo.

–¿Has hablado con tu hermana?, ¿tus abuelos maternos saben algo?

–Le pregunté.

–Hablé con Claudia y no sabe nada. No he hablado con mis abuelos

–respondió.

–Habla con tu tío Luis, el hermano de tu mamá; con tus abuelos y me vuelves a hablar.

–Okay, en un momento te hablo –me dijo.

Yo debía tener una cara de mucha preocupación porque César me dijo que me tranquilizara. Pensé en un accidente, un secuestro, en mi familia política y sus puntadas, las de mi esposa. ‘¿Qué estará pasando?’, me pregunté.

–Este comportamiento de Raquel es totalmente anormal –le dije a César.

–Además, piensa que hace quince días, un sábado a las once de la mañana, la asaltaron en una tienda y se llevaron sus pertenencias y el automóvil –añadí.

Sonó el teléfono. Lo tomé rápidamente.

–Dime, Güerito –contesté.

–Ya hablé con mis abuelos y mi tío, no saben nada. Tobías e Irene están aquí conmigo y tampoco saben nada. ¿Qué hago? –Me preguntó.

–Habla con Luis, mi hermano. Habla a Locatel. Vuelve a hablar con Manuela y Mari para que te digan exactamente qué recuerdan y cómo vieron a tu mamá –le dije.

Colgué el teléfono y empecé a hablar en voz alta, considerando la situación. Estaba muy nervioso.

–Estamos salados, compadre, pero así es la vida, ni modo. Esto me huele mal –le comenté a César.

Pensé en Raquel y en los gratos momentos que pasamos juntos la semana anterior en Los Cabos. Habíamos disfrutado mucho el paseo en lancha al atardecer, la excursión a la playa del Amor, el almuerzo con un tenor al lado que nos cantó todas las canciones que le pedimos, parecía que estábamos de luna de miel.

Participamos en una convención, pero nos dimos nuestro tiempo para estar solos. Paseamos y tomé muchas fotografías de los lugares que visitamos. Ella ganó el torneo de golf y me sentí muy orgulloso, no obstante que yo hice el ridículo. ¡Fueron tres días maravillosos!

“¿Qué le estará pasando? ¿Habrás tenido un accidente? ¿Por qué no contesta su teléfono?”

El año pasado nos asaltaron el día de la amistad. Íbamos en nuestra camioneta con otras dos parejas y al llegar a la puerta de mi casa, nos alcanzó un automóvil negro, se bajaron dos tipos con pistola, nos amenazaron y se llevaron nuestras pertenencias y la camioneta.

Poco después, en el túnel de Perisur, nos asaltaron a mi hijo y a mí, se llevaron nuestros relojes. ¡En qué país vivimos!

Pensaba con una rabia reprimida.

“¿Y sí la secuestraron?”

Hace ocho años, mi esposa fue asaltada y privada de su libertad por tres horas. Dos sujetos la obligaron a comprar distintos objetos con su

tarjeta de crédito. Un escalofrío me recorrió el cuerpo pensando en una situación similar, o peor.

¿Cómo es posible vivir con tanta inseguridad? ¿Qué hacer? ¡Irnos a vivir al extranjero! ¿Y mis hijos? ¡No los puedo dejar!

Sonó el teléfono, lo contesté muy angustiado.

Era mi hermano, ya estaba en la casa. Me informó de la situación. Nadie sabía nada. Las muchachas del servicio vieron a Raquel por última vez a las siete de la noche, se veía tranquila y sonriente. Han hablado con varias personas y ninguna les ha podido dar información. Le pregunté a Luis por mis hijas. Me dijo que estaban muy nerviosas. La menor, en su casa, con su esposo y su bebé. Pensé que podría tener problemas con su lactancia. Me angustiaba saber que mis hijos estaban sufriendo.

Me tranquilizó un poco hablar con mi hermano. Era muy poco lo que podíamos hacer. Teníamos que esperar. Le dije a Luis que tomaría el primer vuelo de la mañana a México.

Colgamos. Miré a César:

–Nada en concreto. Tu esposa y tu hijo ya se regresaron a sus casas; mi hermano se ha hecho cargo y por el momento sólo podemos esperar –le dije.

Iniciamos una charla sobre algo. Yo estaba con él y a la vez ausente. Tenía ganas de llorar, pero me reprimí. Se me salió una lágrima que traté de ocultar.

Eran las tres y media de la mañana. Por fortuna, tenía café. Preparé una cafetera, le serví a César una taza y yo me tomé la mía rápidamente. Me serví otra y procuré tomarla con calma.

Eran las tres y media de la mañana...

Mis recuerdos me han generado una cierta ansiedad y le doy dos mordiscos a la última rebanada de la pizza. Veo el plato semivacío, con un pedazo de pizza, e imagino cómo nuestros mundos se construyen y destruyen en muy pocos segundos.

Otro sorbo de mi copa de vino, lo paladeo. Disfruto el viento frío que sopla, veo la vela que ilumina la mesa y regreso con mis pensamientos...

Mi compadre y yo seguimos nuestra plática. Él trataba de distraerme, yo pensaba en las distintas opciones y acciones que tendría que seguir.

No tenía problema de equipaje, sólo llevaría el maletín con la cámara y otros objetos. Saldría a las cuatro y media de la mañana hacia el aeropuerto.

Le dije a César que se quedara en el departamento. Le expliqué lo que tenía que hacer, pero me interrumpió y me dijo que se iría con Ricardo.

–Bueno, entonces lo único que tienes que hacer es cerrar la puerta cuando te vayas, solamente eso –le dije–. Yo tengo que dejar el automóvil en el aeropuerto y arreglar mi boleto.

No debía tener ningún problema para volver, por la hora y el día de la semana. Sin embargo, trataría de regresar por Mexicana, en el vuelo que sale a las siete de la mañana.

No estaba arreglado, pero vestirme me llevaría cinco minutos. No pensaba en ninguna otra cosa más que en el regreso y en cómo se encontraría mi esposa.

Sé que es una mujer fuerte y de carácter, eso me tranquiliza. Ha tenido experiencias difíciles y las ha superado.

Siempre he dicho que es muy dependiente de mí, pero creo que es más fuerte que yo.

Las dependencias; sí, las dependencias. Ahora me doy cuenta de lo dependiente que yo soy de ella y que la necesito más de lo que admito. Mi propia debilidad me hace ser dependiente de su dependencia.

¿Es curioso? No hay un dependiente en la relación entre dos seres humanos. Los dos son dependientes con distintos papeles y acciones entre ellos, pero muy relacionados con la propia necesidad interna.

Su rostro se dibujó en mi mente y recuerdo su cara de dulzura con la que me despidió unas horas antes. Le he dicho que es un membrillo, muy agridulce; también muy frágil y suave con las personas que nos rodean y muy dura y fuerte conmigo.

¿Contrastes? ¿Confianza? ¿Seguridad? ¡No lo sé! ¡Nunca lo he podido descifrar! Sentí un fuerte deseo de gritar, de decir que la necesito, que quiero estar con ella, que... Sonó el teléfono y brinqué.

Contesté con voz entrecortada. Era mi hermano. No había noticias todavía. Eran las cuatro y quince de la mañana. Le informé que en quince

minutos saldría al aeropuerto. Quedé de avisarle en qué vuelo saldría. Yo esperaba llegar a México a las diez de la mañana.

Le pregunté por mis hijos. Me dijo que estaban muy preocupados, pero bien. Él se quedaría allí hasta que yo llegara. Me dijo que lo tomara con calma, que pese la hora que era, él seguía optimista.

Colgué, le informé a César y me dispuse a vestirme y a preparar mis cosas.

Maldita incertidumbre, siempre me ha afectado mucho, pero no he perdido el control. Traté de tranquilizarme. Busqué los objetos que necesitaba, mis medicinas, y que en ese momento no encontré. Busqué en el baño, en la mesa de la recámara, en la cama, en los burós, en los muebles de enfrente y nada. Ya resignado, levanté el maletín y... ¡sorpresa! Ahí abajo estaban.

Me vestí, tomé mis cosas y fui a la cocina. Entonces sonó el teléfono.

Di un brinco y corrí a contestar. Era mi hermano.

–¿Qué pasó? –le pregunté con desesperación.

–Tu esposa acaba de llegar, muy contenta... ¡Se fue a una fiesta!

–me dijo—. Te la paso.

Sentí una tranquilidad y un alivio enormes. Pasan unos segundos y oí su voz:

–Estoy bien, no entiendo qué les sucede –me dijo.

–¡Todos estábamos muy preocupados, son las tres y media de la mañana y no sabíamos de ti! –le dije–. ¡Qué bueno que estás bien y ya llegaste!

No estaba enojado ni molesto. Al contrario, muy tranquilo y alegre de saber que ella estaba bien. Me di cuenta, con mi reacción, de que he cambiado mucho.

No estaba enojado ni molesto, sino muy tranquilo y alegre de saber que se encontraba bien. Me di cuenta, por mi reacción, de que he cambiado mucho, que soy más maduro emocionalmente y que entiendo mejor las distintas situaciones que se nos presentan. También me di cuenta de que la quiero mucho, que lo más importante es su seguridad y bienestar. Todo lo demás es intrascendente.

–¡Me has hecho pasar un buen susto!

–Descansa.

–Buenas noches. Mañana hablamos, ve con tus hijos –le dije.

–Buenas noches, mañana nos hablamos –me contestó.

César, por mi expresión y lo que dije, se enteró de la buena noticia y se sonrió. No tenía ganas de acostarme y lo invité a tomarnos un refresco en la terraza.

Hablamos de la experiencia, de los caprichos de la vida, de lo que haremos en las siguientes horas. A las seis de la mañana decidimos irnos a dormir.

En mi cama medité sobre el amor; no cabe duda de que la sangre es la sangre. El amor filial es instintivo e intuitivo, pero por mi esposa siento un gran amor, también instintivo y posiblemente mucho más intuitivo que el amor filial. Este amor surge de la comprensión y de la confianza, del trato y del compartir tantas cosas importantes en la vida, los buenos y malos momentos y, muy especialmente, los hijos.

Este pensamiento me dio una sana tranquilidad, me sentí pleno y muy contento de amarla. El cansancio pronto se transformó en un plácido sueño.

Con la misma tranquilidad que sentí en ese momento, me siento ahora y veo con gula el último pedazo de la pizza, que termino de un bocado; paladeo el último sorbo de vino y pido la cuenta.

¡Estoy muy satisfecho!

